

Investigadores olvidados

Ciencia y libertad

El franquismo le robó a España una de las herramientas esenciales para su desarrollo



Adela Muñoz Páez

El covid, que comenzó en China, azotó Europa, siguió su viaje hacia el oeste arrasando América y ahora se ceba en la India, nos ha enseñado que los virus no se detienen ante ninguna frontera. Por ello, la comunidad científica internacional ha respondido al unísono para luchar contra ella, porque este virus convirtió a la Tierra en un único país doliente acosado por la enfermedad. Gracias a una colaboración sin precedentes, en la actualidad disponemos de varias vacunas que nos están permitiendo pensar tímidamente en una vuelta a la vida de antes de la pandemia. Desafortunadamente, en la disponibilidad de las vacunas se han levantado las fronteras del dinero, que impiden que lleguen en las cantidades suficientes a países con menos recursos.

La colaboración a escala planetaria ha sido posible gracias a la ausencia de fronteras en la ciencia. En ella el conocimiento ha circulado de manera libre entre todos los miembros de la comunidad científica, y los avances ha sido el fruto del trabajo de todos. Como las vacunas que se idearon en Alemania, se desarrollaron en Suecia y se probaron en centros de investigación de muchos países europeos con la colaboración de decenas de miles de ciudadanos, que hicieron de conejillos de indias voluntarios antes de que las vacunas pudieran ser administradas a toda la población.

La libre circulación del conocimiento no siempre ha sido posible en España. De hecho, hace menos de un siglo, los que accedieron al gobierno tras el levantamiento armado que puso fin al gobierno democrático de la Segunda República se empeñaron en hacer una «ciencia nacional católica». Estas directrices del Gobierno franquista enterraron los destellos de genialidad científica que habían permitido que el físico español Miguel Catalán llegara a ser el más firme candidato a premio Nobel de ciencias –el único tras Ramón y Cajal–, y que en España hubiera varios científicos de talla internacional, como Enrique Moles o Blas Cabrera. Tras la guerra, tanto ellos como los miembros de sus grupos de investigación fueron depurados, encarcelados o tuvieron que exiliarse.

Las nuevas generaciones de científicos que formaban estos grupos, en los que había una nutrida representación de mujeres, realizaron estancias en centros de investigación extranjeros como *pensionados* de la Junta de Ampliación de Estudios. Esta institución, fundada en 1907 bajo la dirección de Santiago Ramón y Cajal y la eficaz secretaría de José Castillejo, alcanzó su máximo esplendor durante la Edad de Plata de la cultura en España. Pero cuando se habla de este periodo, la ciencia es casi siempre olvidada.



Leonard Beard

Se suele aludir a creadores en el ámbito de la literatura o las artes plásticas, como Lorca, Alberti, Dalí o Buñuel; es mucho menos frecuente que se recuerde a las mujeres, como las escritoras María Teresa León, Concha Méndez, María Lejárraga, Carmen de Burgos, Luisa Carnés o Elena Fortún, y las artistas plásticas como Maruja Mallo y María Blanchard, entre otras, que también protagonizaron esta Edad de Plata.

Al privarnos de la presencia y talento de todas estas mujeres, el franquismo le robó a España parte de su alma. Al privarnos del talento científico de Catalán, Moles o Cabrera,

La libre circulación del conocimiento que nos ha facilitado luchar contra el covid no siempre ha sido posible

y del de sus discípulas, como las químicas Dorotea y Petra Barnés, las físicas Felisa Martín Bravo y Jenara Vicenta Arnal Yarza, o incluso las franquistas Teresa Salazar o Piedad de la Cierva, el franquismo le robó a España una de las herramientas esenciales para su desarrollo y la posibilidad de figurar a la cabeza de las naciones del mundo.

Escribo este artículo el Primero de Mayo, día de los trabajadores. Considero que una celebración de importancia parecida para las españolas es la del pasado 14 de abril, en la que se conmemoraba el 90º aniversario de la proclamación de la Segunda República en España, que se hizo sin derramamiento de sangre. Sus enemigos sí derramaron sangre para destruir por la fuerza lo que se había construido de forma pacífica.

La libertad que arrancó de España la dictadura instaurada en 1939 es también imprescindible para que la ciencia avance y pueda triunfar en batallas a vida o muerte como la que se ha librado con el virus del covid. ■

■ Adela Muñoz Páez es catedrática de Química Inorgánica de la Univ. de Sevilla y miembro de la Red de Científicas Comunicadoras.

Linchamiento

A la caza de Pablo



Ernest Folch

Las balas que enviaron a Pablo Iglesias eran en realidad una metáfora de la fenomenal cacería política organizada contra su persona. Por supuesto, él no ha sido ajeno a muchos de sus males, porque al final ha sido víctima, como suele pasar en la izquierda, de la distancia insalvable entre su gran utopía y la dura realidad. Pero es muy ingenuo pensar que a Pablo lo han matado solo sus errores. Porque el Pablo político, efectivamente, puede morir oficialmente este 4-M a manos de Díaz Ayuso, la última en descubrir que disparar contra él y a todas horas era gratis y encima daba réditos.

Pero lo cierto es que ha llegado a esta emboscada final muy malherido: él y su mujer, Irene Montero, han sido víctimas durante años de un escrache fascista diario y tolerado a la puerta de su misma casa, y el odio que siempre han suscitado sus ideas en contra de la desigualdad y a favor de cambiar el statu quo se volvió radiactivo cuando tuvo la valentía de defender un referéndum pactado para resolver el conflicto catalán, algo que le valió la ira de toda la clase política madrileña, medio Ibex 35 y por supuesto gran parte del *establishment* mediático.

Silencio de Waterloo

Nada ejemplifica mejor esta rabia descontrolada, a veces incluso desde el mismo PSOE, que esta terrible frase de Felipe González de hace escasos días: «Podemos es más peligroso que Vox». Tampoco ha movido por él ni un solo dedo el soberanismo al que echó un cable en su día con su condena a la violencia policial del 1-O: a su caída ha contribuido también el silencio gélido de Waterloo, que nunca ha querido que Pablo les desmintiera su teoría de que todos los españoles son iguales, y la beligerancia de un cierto independentismo que es heredero de la obsesión enfermiza de Convergència contra la izquierda. Unos por acción, otros por omisión, todos han sido cómplices de su linchamiento. Esta confabulación de mediocres, corruptos o simplemente desagradecidos ha terminado por destruir uno de los mayores talentos que ha dado la política española. Al menos que conste en acta. ■